

VOLVER A APRENDIENDO

Verónica Acuña Avilés¹

Aquella noche era la vigésima quinta noche en la que Angustia se sentaba en la silla más pálida del parque, esa que bajo el cielo nocturno es la más apetecida por los transeúntes, pues por su cercanía a un árbol de orejero, se siente el aire más fresco en alguna ciudad que figura en el ambicioso croquis que algún empecinado cartógrafo creó, pero que solo es un prospecto de realidad que cobija muros y gente, pesares y sonrisas, sexo y desencanto, muerte derribada por la vida, vida que inapelablemente muere bajo las fauces de la muerte.

Angustia es una muchachita alta, algo intrépida, de rodillas insípidas, ojos verdes, cabello castaño. Lleva dibujado en su rectangular rostro, una constelación de pecas que arbitrariamente sincroniza con el color de su espesa cabellera. De boca gruesa, cuello largo con surcos, que cada que los miro, “hiperbólicamente” me recuerdan a las terrazas de arroz de Banaue. Si, admito que me he dedicado a detallar a esa mujer, esa que por arbitrio y pendejadas, se metió en todas las partes de mí ser.

Bueno, la complejidad del asunto radica en que, por caprichos que la cotidianidad acolita, nos conocimos en medio del arrume de libros viejos que habitan la biblioteca municipal de Mompóx-Bolívar, la que está al “ladito” de la Casa de la Cultura, en la Calle Real del Medio, diagonal a la Iglesia, hoy Basílica de San Agustín, a unos cuantos pasos de la Calle de la Albarrada, esa que si se mira de reojo, parece que deja ver huellas de aquella vida colonial, de terratenientes y yugo a bordo, de los champanes que Obeso nos describe en algunos de sus poemas, de los “Caserones” de cornisas bonitas y prominentes, caserones que actualmente bordean uno de los brazos del Magdalena. Menciono todo esto porque en días y meses, en esa misma calle, a

¹ Mujer negra, oriunda del norte colombiano. Actualmente cursa quinto semestre de Antropología e Diversidade Cultural Latino-Americana en la Universidade Federal da Integração Latino-americana (UNILA). Cree en el poder de la palabra y su relación directa con la dialéctica, herramienta a través de la cual es posible contribuir y optar por un mundo nuevo, he ahí su gusto por el debate, la conversa y la escritura. En cuanto a intereses académicos se inclina por la Teoría Crítica, la Antropología Feminista, el Feminismo Negro.

orillas del río, Angustia y yo hicimos nuestra vida más llevadera lanzando piedras y monedas, con deseos que hoy yacen enterrados en el cieno fangoso de esa “pila” de agua. Durante varias tardes de mayo nos sentamos en las escalinatas de Tres Cruces, a ver los cultivos de yuca y maíz, que indudablemente agracian y enarbolan la tierra del Otro que día a día cruza el río en canoas de madera para vender frutas y hortalizas.

En otras ocasiones he pasado por ahí manejando mi bicicleta veintiocho y siento escuchar el escándalo de una risa que últimamente percibo más lejos, dejando un resquicio de eco que me recuerda cuan cerca estuve de ella. Siento como si me llamara desde el mundo que creamos, pero no, es algo que en la medida de lo alcanzable, se ha desmoronado para siempre.

Sigo añorando la sombra de nuestras manos agarradas que la luz tenue de algunos faroles dibujó en los adoquines de la Albarrada; pero Angustia, angustiosamente me dejó solo en la soledad de ínfimas soledades que hoy acribillan mi ánimo, laceran el cuerpo de estos suspiros que absurdamente me mantienen en una vida que hace ratos se resquebrajó. Sí, infortunadamente me he ido convirtiendo en un hombre vacío lleno de vacíos.

Aquella noche también yacía sentado en una de las sillas del parque, algo alejado de su radio, intentado que los alfileres de mi tristeza no explotaran la burbuja de su silencio. Estáticamente la contemplaba y la encontraba más hermosa, más mordaz y apagada, encontraba oculta la mujer jocosa con la que alguna vez me bañé rodeado de tarullas en la ciénaga Juan Criollo, en Guinea-Magdalena. Aquella noche me sentí un completo perdedor; recuerdos que por miedo a envilecer y parecer obsesionado intentaba no recordar, pero una vez más se atesaba en mi cuello, el nudo que me causaba escozor y encharcaba mis ojos.

Recordaba precisamente un día que caminábamos por la esquina “Nuestra Señora de Covadonga”. No había mucha gente y por la Albarrada solo se escuchaba el golpe de los cascotes del burro con aguaderas cargadas de mango de “chupa” de la popular

“Chong”, a quien le compramos varios. Seguimos caminando y discutíamos sobre la inclusión de dos nuevos palíndromos: Aprendiendo a volver y volver a Aprendiendo. Habitualmente nos gustaba jugar con algunas palabras y en esa ocasión quien tuvo la idea fue ella, nos reímos tanto que en tiempo real también me reí. Me había quedado tan absorto que cuando miré de nuevo en dirección a ella, ya había otra persona sentada en la silla. Me reí entre sollozos y constaté una vez más que cuando aprendo a volver a nuestro mundo ella ya no está, que volver a Aprendiendo no me resulta tan fácil como cuando iba con ella.